

---

## SEMBLANZA DE UN AUTOR Y ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE SU LIBRO

---

**C**onocí a Andrés Caso como alumno del 5o. año de la Escuela Nacional de Economía. Entonces se inclinaba por esa disciplina, y como practicante de ella colaboró conmigo en la Secretaría de Hacienda donde yo desempeñaba el puesto de jefe del Departamento de Estudios Económicos. Ahí formó parte de un grupo destacado de economistas como lo eran, y lo son, Víctor L. Urquidí, Juan F. Noyola, Horacio Flores de la Peña, Edmundo Flores y otros más.

En la Escuela de Economía se reunía con compañeros estudiantes que pronto destacarían en el campo de la política y de la economía: Jorge de la Vega, Carlos Torres Manzo, Agustín Arriaga, entre otros. Con frecuencia este grupo se reunía conmigo para discutir —y disenter— sobre economía y política.

Todos ellos continuaron hasta hoy su amistad y el contacto conmigo. Con algunos, la amistad personal se amplió a la amistad familiar.

Sin embargo, muy pronto, por destino y por vocación, Andrés se inicia en la administración pública, tanto en el gobierno federal como en la empresa pública, área a la que ha dedicado todo su tiempo, todo su entusiasmo y toda su energía.

El licenciado Caso no sólo desempeña las funciones administrativas que tiene encomendadas, sino que penetra asimismo en el conocimiento técnico, en la doctrina y en la literatura de la ciencia y de la técnica de esta disci-

plina, que es a la vez antigua y moderna, estable y cambiante, sencilla y profundamente compleja. Su cultura administrativa es ahora nacional y universal, sustentada en la práctica y en el estudio, y por lo tanto completa, hasta donde esto pueda lograrse, como es el caso de cualquier área del conocimiento. Sus artículos, conferencias y exposiciones sobre esta materia son ya importantes por su número y calidad.

Sin embargo, me interesa destacar en esta semblanza del autor un aspecto que es ampliamente reconocido en México: su eficacia y capacidad como administrador público. Los distintos sectores de la sociedad se lo reconocen: el político, el obrero, el empresarial, el profesional de esta especialidad. En concreto, Andrés Caso tiene el reconocimiento de ser un estupendo administrador; seguramente ha tenido fracasos, pero sus éxitos de ayer y de hoy son visibles y están vigentes.

Hasta aquí el perfil del autor; vayamos ahora a las ideas y planteamientos de su obra, aunque ello lo hagamos en forma por demás sucinta.

En la introducción, el autor plantea y fija su posición en un tema que como él mismo lo califica, ha sido y sigue siendo controvertido, sobre todo en nuestros días: qué funciones le corresponden a un Estado moderno, y además, qué tamaño y en qué área debe fincar su acción.

El autor recorre la historia de este debatido tema a grandes trancos: desde el Estado gendarme de la época del *laissez-faire*, hasta el Estado intervencionista que él califica, y con razón, como Estado social. El tema lo desarrolla para los países de economía de mercado, mas no para los de economía centralmente planificada, o socialistas.

Pero el debate no se aclara en los extremos, sino que es preciso delimitar cada uno de los campos. El licenciado Caso, a mi juicio, concluye acertadamente que no hay, en la actualidad, países de economía liberal pura, ya que incluso en los que más la pregonan, existen elementos que no lo confirman. Me permito, por mi parte, citar algunos ejemplos: los subsidios a la agricultura, el manejo

de las tasas de interés y del tipo de cambio; en el área social, el seguro del desempleo y el seguro gratuito contra enfermedades, así como la educación básica sin costo alguno.

En cuanto a los estados "intervencionistas", el autor considera también que en algunos casos el tamaño del Estado, así como los campos que abarca deben revisarse puesto que o han crecido en demasía, o han penetrado en áreas que bajo ningún criterio les corresponden.

En su exposición plantea las diferencias básicas entre necesidades de la sociedad de un país desarrollado y las de aquella en vías de desarrollo: muy buena separación que en muchas ocasiones los teóricos o los políticos de los países del primer mundo no entienden, o no quieren entender. Entrar en esta discusión nos llevaría a extendernos demasiado.

Su conclusión nos convence: "quizás no es excesivamente optimista pensar que podremos encontrar un equilibrio entre el tamaño del Estado, su eficiencia y su propia responsabilidad frente a la sociedad, para satisfacer demandas libre y democráticamente expresadas".

El apartado sobre los políticos y los administradores es tan rico en reflexiones y comentarios que no nos atrevemos a sintetizarlo, sino a considerarlo digno de leerse y de releerse. Es, sin duda, fruto maduro de un estudio del tema, y de una persona que ha vivido, y por qué no decirlo, sufrido también, las consecuencias del trabajo y de la confrontación de ambas posiciones. No es fácil darle a uno o al otro la razón. Ambos tienen objetivos comunes, el servicio a la sociedad, pero escenarios diferentes. Es todo un tema al que es difícil llegar a conclusiones definitivas y valederas.

Mucho depende de las personas que están en cada campo; mucho también de las circunstancias que rodean las decisiones y las acciones.

Pero surgen también preguntas y dudas que no son fáciles de contestar o dilucidar. Por ejemplo, un administrador de alta jerarquía, digamos un secretario de Estado o director de gran empresa pública, ¿es sólo admi-

nistrador o también es, o debe ser, un político? Un político que tome decisiones, ¿no debe ser también un buen administrador para que su función sea efectiva, ya que de otra manera una buena decisión se torna en fracaso o, como el autor lo apunta, es anulada a medida que baja en la escala administrativa? El secretario de una importante dependencia afirma que en su organismo decidían más los jefes de departamento que él mismo.

El ensayo de Andrés Caso da respuestas, aunque no totales, lo cual es muy difícil, a estas interrogantes. Vale la pena, como decíamos líneas arriba, que los políticos y los administradores lean y reflexionen sobre estos aspectos tan importantes para la vida democrática del país. Yo felicito al autor por el enfrentamiento de un tema que no es posible resolver sólo con la norma, sino con una participación activa y permanente de la sociedad.

Por último, está el capítulo quizás más controvertido: las perspectivas de la empresa pública. Se hace un largo y casi exhaustivo relato de cómo y por qué se crea en México el sector paraestatal, y en particular la empresa pública. Hay, a mi ver, algunas lagunas, pero son menores ya que en general cubre adecuadamente todo el horizonte.

Permítaseme, en este asunto, hacer una pausa personal. El licenciado Caso y yo hemos abordado este tema durante años. En muchas ocasiones hemos coincidido; en muchas otras, hemos disentido. Hay, creo yo, una razón de fondo para nuestras discrepancias: él ha sido fundamentalmente, si bien no totalmente, un administrador; yo, en varias ocasiones he ocupado el puesto de quien toma las decisiones o, como él lo llama, del político, si bien procuraré estar alerta de su correcta administración. Estoy seguro de que no siempre lo logré, pero hice el intento teniendo la puerta abierta a los reclamos de los afectados y la mayor vigilancia posible a la instrumentación eficaz de los acuerdos que se produjeron.

Creo firmemente que Andrés Caso es un administrador nato, pero no neto, ya que ha aprendido a ser "político"; de mi parte, no obstante ser como dicen un "polí-

tico", no dejé nunca de considerarme como un administrador.

Por todo lo anterior, en el presente libro existen ahora más coincidencias que diferencias. Como final, mis felicitaciones Andrés, por este estupendo trabajo.

Raúl Salinas Lozano